



Artículo: Federico Navarrete y Guilhem Olivier (coord.). El héroe entre el mito y la historia. México: UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas/Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 2000

Autor(es): López Austin, Alfredo

Revista: Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Número: 60

Año: 2001

ISSN edición impresa: 0187-182X

ISSN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: López Austin, Alfredo. "Federico Navarrete y Guilhem Olivier (coord.). El héroe entre el mito y la historia. México: UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas/Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 2000" Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 60 (2001): p. 58-62. Edición digital en PDF, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2018, Disponible en Repositorio Institucional Históricas UNAM <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3969>

D.R. © 2018. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

○ PUBLICACIONES

PRESENTACIÓN DE LIBROS

Federico Navarrete y Guilhem Olivier (coords.), *El héroe entre el mito y la historia*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas/Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 2000.

Alfredo López Austin

Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM

En la introducción al libro aquí comentado, Federico Navarrete y Guilhem Olivier caracterizan al héroe como un comodín. El calificativo es sin duda acertado; pero conviene comprender que su alcance va más allá de lo que señalan los coordinadores de esta obra colectiva: el héroe es un comodín como intermediario entre los hombres y los dioses; lo es como protagonista de hazañas alimentadas por la triple vertiente de la historia, la leyenda y el mito; es un actor que se desempeña entre la sociedad y la sobrenaturaleza, y juega, como un supuesto concepto, en la indeterminación del objeto ambiguo. Más aun, si existieran los dioses, el héroe sería un útil enmascarador de responsabilidades, pues su trágico destino encubriría la crueldad de no pocos designios divinos.

Veamos lo que toca a su estado conceptual. El término *héroe* es, como el término *mito*, tan polivalente entre especialistas y profanos que a toda discusión rigurosa debe preceder una puntualización de definiciones. Navarrete y Olivier son conscientes del problema, y reconocen la amplitud del abanico de personajes que presentan los investigadores que respondieron a su convocatoria. Ante la variedad de personajes, dudan de la posibilidad de generalizar la definición que Vernant ofrece al referirse a los héroes de la Grecia antigua: "Los héroes constituyen [...] una categoría religiosa claramente definida que se opone tanto a los muertos como a los dioses."

Navarrete y Olivier consideran que la definición de Vernant es demasiado estrecha, y proponen reexaminar el concepto para hacerlo más incluyente. Sin embargo, ante la variedad de los seres portentosos que desfilan por las páginas del libro, puede ofrecerse una contrapropuesta: elaborar una previa clasificación de los personajes que comúnmente son considerados héroes para ver cuáles de ellos integran una clase que pueda recibir con mayor propiedad tal designación. Creo que esta contrapropuesta evitaría que los parámetros definitorios se abrieran demasiado, pues hay el peligro de incluir en la definición personajes sumamente heterogéneos, lo que debilitaría la utilidad del concepto.

Es indudable que todo deslinde de caracteres y formación de clases merece debates detenidos; pero, a reserva de discusiones adecuadamente argumentadas, puede proponerse una clasificación primaria, provisional, que parta del origen de los personajes.

1. Los hay que son dioses. En el primer apartado pueden ubicarse aquellos cuya figura heroica se ha construido básicamente con sus características y poderes divinos, pero que, al ser muy próximos a los fieles, éstos les otorgan atributos muy humanos y van tejiendo en torno suyo relatos de lances próximos a la epopeya. Su condición

heroica se incrementa cuando los mismos fieles llegan a confundirlos con hombres reales o ficticios del pasado. Quedarían en este apartado el rey mixe Cong Hoy y el rey chontal Fane Kantsini, personificaciones hazañosas de los dios también llamado Dueño de los Animales, y, como lo propondré más adelante, el Inkarrí andino.

2. Un segundo apartado, difícilmente discernible del primero, es el de los dioses que realizan grandes proezas en el relato mítico, aventuras del tiempo primigenio que se van convirtiendo ante los ojos de los fieles en hazañas terrenales. La tenue diferencia entre ambas clases es que, mientras en el primer apartado los dioses se van humanizando al adquirir caracteres y aventuras más propias de hombres que de dioses, en el segundo es el acto divino el que adquiere los rasgos de una empresa heroica. Las aventuras de los dioses, ocurridas en el tiempo de la creación y generadoras de los seres y el tiempo mundanos, se trasladan a este tiempo y adquieren la naturaleza de hazañas humanas. Así, el proceso creador se convierte en proeza. El corte entre ambas clases, aunque difícil, es útil para discernir las vías de formación del relato heroico. En el segundo apartado podemos citar al dios Kauymáli, el cargado de lances y de trucos, vigoroso personaje de la mitología huichola.

¿Cómo se da el paso del tiempo de la creación al tiempo creado, del personaje mítico al personaje heroico? En algunos casos los dioses se aproximan a la heroicidad por medio de su descenso a imágenes vivas, terrenales. Su fuego penetra en el cuerpo de hombres que renuncian a su identidad y a su destino para asumirse como vasos de la fuerza divina. Estos hombres —los hombres-dioses— “viven” las proezas

realizadas por el dios en los tiempos primigenios, y así encauzan la aventura mítica en el lecho de la leyenda heroica. En esta dualidad dioses/hombres-dioses quedan incluidos muchos Quetzalcóatl y Huitzilopochtli que vivieron en la tierra en calidad de imágenes, de *in teteo imixiptlahuan*.

3. El tercer apartado corresponde a los hombres: hombres por su origen, hombres por sus hazañas. De los mencionados en el libro, pertenecerían a esta clase Nezahualcóyotl, Bertrand de Born —aunque el oficialismo nacionalista le regatee la heroicidad—, Manuel Lozada, los mártires coloniales, Tlahuicole, los innovadores técnicos y artísticos del Alto Balsas, Miguel Hidalgo, Emiliano Zapata, y el que tal vez pueda señalarse como más heroico, el héroe por antonomasia, Alejandro, porque construyó su heroísmo con la transgresión.

Sin embargo, no debemos creer que el carácter humano original de las obras de estos personajes tenga una naturaleza terrenal pura. Por el contrario, su memoria se fue construyendo paulatinamente con jirones de leyenda, con agregados de mito, con milagros, con el entorno de seres fabulosos, con la libre y abundante invención de proezas... Son imanes de gestas que se estructuran en el cartabón arquetípico. Para distinguirlos de los dioses “heroicos” vale apenas un cimientito de empresa humana; humana aunque sea vaga, aunque sea inauténtica, aunque la existencia humana sea un invento. Sólo es necesario el carácter humano del nódulo sobre el que se monta el invento y se reproduce el arquetipo. Me inclino por ubicar en este apartado a los legítimos héroes.

¿Quiere decir lo anterior que sobran en este libro Cong Hoy, Fane Kantsini, Inkarrí, Quetzalcóatl o Huitzilopochtli? De ninguna manera. Primero, porque en la conciencia del fiel, del creador de los héroes, cam-

pea una ambigüedad que hace que dioses y hombres confundan sus esencias. Después, porque en la elaboración de un concepto preciso de héroe es necesario mantener presentes a los personajes divinos y a los humanos para contrastar atributos, carácter paradigmático, funciones, los deslizamientos de unos hacia lo divino, de otros hacia lo humano.

Por las razones anteriores, no sobran en este libro Cong Hoy, ni Fane Kantsini, ni Inkarrí, ni Quetzalcóatl, ni Huitzilopochtli. Pero, además, no sobran por la calidad de los estudios que se refieren a ellos. El libro *El héroe entre el mito y la historia* es una colección que vale como resultado de un buen proyecto. Deriva de un congreso académico realizado del 5 al 17 de abril de 1997, y la reunión fue exitosa. Pero el libro vale también por los méritos individuales de buen número de sus trabajos, lo que no es demasiado frecuente en las reuniones académicas.

Si no sobran los estudios de los dioses convertidos en héroes, ¿puede decirse que hay notables omisiones temáticas en el libro? Desde la perspectiva externa siempre hay algo que falta. Se me ocurre que están ausentes —como se les pueden ocurrir otros cien temas a otros cien lectores— los héroes populares que están surgiendo en nuestro momento histórico. Se están gestando nuevas imágenes de triunfadores en este presente de sacralización global de la empresa, del comercio internacional, del poder de la ganancia, del valor económico situado sobre cualquier otro. Faltó, en efecto, el estudio de la figura del narcotraficante immortalizado en los corridos norteños, romances cada día más abundantes y difundidos, pese a las restricciones de las radiodifusoras. No por empresarios menos populares, no por populares menos empresarios, son hasta ahora los únicos mercaderes dignos de trova.

Con los personajes gloriosos —tanto los hombres como los dioses humanizados— puede iniciarse un listado de notas defini-

torias, por ahora tentativas, hipotéticas. Hablamos, insisto, de un nódulo humano del héroe y sus hazañas, sobre el cual se monta lo sobrehumano, lo extraordinario. La proeza deberá ser gloriosa, meritoria, o al menos benefactora para una comunidad. En otras palabras, el valor de la acción va de la universalidad prometeica a la particularidad del barrio. Lo importante es que sea en beneficio de los hombres, aunque signifique el desafío a las instituciones o al mismo poder de los dioses. El héroe será glorioso, y gozará intensamente de su fortuna, aunque sea por unos momentos de su vida, lo suficiente para hacerlo envidiable. Lo humano, lo sobrehumano, lo meritorio y lo envidiable convertirán al héroe en un paradigma. Sin embargo, ya socializado —o institucionalizado—, el paradigma debe estar acotado: el ejemplo debe impulsar a los hombres hasta un punto fijo; debe limitarlos oportunamente para impedir que los héroes sean modelos absolutos, alcanzables. No es conveniente al bien común, general, nacional, que los desafíos o las transgresiones heroicas se reproduzcan, y mucho menos que salgan de cauce. Hay que desanimar a los seguidores cuando quieran llegar demasiado lejos. Para esto hay que condenar al héroe a un destino trágico. Así el héroe será un paradigma a medias, promotor de hazañas domesticadas, puesto que la inversión de su fortuna desanimará a los seguidores más osados. Más aun, ante la necesidad de encauzar institucionalmente las acciones ejemplares, se crearán héroes —¿o subhéroes?— limitados, restringidos y reglamentados en sus hechos, como los mártires coloniales tratados por Rubial, quienes para alcanzar el reconocimiento de la Iglesia debían cumplir con estrictos requisitos: ser perseguidos por un tirano que odiara a los cristianos y aceptar voluntariamente la muerte por la fe.

Otras notas definitivas deberán derivar de la personalidad del héroe y de la integración de sus hazañas en el pensa-

miento de los miembros de la colectividad. Ya anteriormente se dijo que el modelo de vida heroico se teje con el mito, con la leyenda, con los hechos reales o inventados de la existencia humana. Mucho podrá obtenerse de los personajes que desfilan por el libro. Ante las necesidades del modelo poco pueden la precisión histórica y la evidencia documental, por lo cual Miguel Hidalgo, el Padre de la Patria, se convierte en el venerable anciano de una nada avanzada edad de 57 años. A la memoria de Nezahualcóyotl se suman sueños, milagros, monstruos, fieras y —como después sucederá con Zapata— se le atribuye un sosia que lo escuda de las agresiones de sus enemigos. El *tlatoani* de Tetzaco, también como Zapata, traspone la supuesta muerte. El rey alcanzó la inmortalidad, mientras que Zapata, en vez de morir, “se chispó” con un compadre suyo, árabe, que lo llevó a Arabia. En contraste, Manuel Lozada, el terrible héroe/antihéroe, murió más de una vez antes de ser fusilado.

Como ser ejemplar el héroe parece elevarse, desprenderse del suelo. Pero es precisamente su carácter paradigmático el que descubre sus raíces, demasiado hundidas en la tierra. Aquí reside una de las grandes contradicciones de la figura heroica: muestra ropajes ideales para ocultar la defensa de intereses demasiado mundanos; o, digámoslo en términos más suaves, demasiado vinculados con los procesos sociales, en los fines políticos, con el orden institucional, con el momento histórico. Son las funciones que cumplen los ejemplos, y el heroísmo se alcanzará o no a partir de la utilidad del paradigma. Hay necesidades de héroes, hay condiciones para su formación. En este libro, Bertran de Born es estudiado como un personaje cuya memoria se integra en un medio adverso, y son dos las historias que se ofrecen de Tlahuicole, pues el guerrero tlaxcalteca transitará el doble sendero del héroe y del antihéroe, según sea la fuente de sus datos biográficos.

Esto obliga a estudiar al héroe como un producto de los contextos sociales y políticos que permiten e impulsan —o, por el contrario, que inhiben— la construcción del personaje. La figura heroica responde a las funciones del arquetipo, y las funciones específicas, a su vez, al momento histórico. Por ello también es interesante la transformación del héroe en el devenir de la historia; el héroe no necesariamente se desecha: se reutiliza, se remodela. Y, sin embargo, su figura debe mantener los significados ocultos y persistentes de las concepciones básicas de una cultura. Para la comprensión cabal de los episodios de la vida del héroe deberán tenerse presentes los símbolos de la cosmovisión de sus creadores. La historia del héroe debe consolidar la concepción del gran aparato cósmico de acuerdo con las leyes universales establecidas. Así, el personaje arquetípico deberá cumplir el tránsito cíclico de la muerte a la vida en el estado liminal de la embriaguez. Por una razón similar, de acuerdo con las concepciones de los nahuas del Alto Balsas las innovaciones técnicas deberán provenir del otro mundo, y de allá derivará también, para otros muchos pueblos indígenas de México y Centroamérica, el poder de los hombres. Son concepciones seculares. El pasado remoto —con el quiché Mahocotah— se vincula con el pasado reciente con la creencia en el nahualismo como medio de transmisión de la fuerza divina al actor humano. O podrá ser que esa transmisión requiera el pacto demoníaco, como se nos presentan los casos de Emiliano Zapata y Manuel Lozada.

Doy fin a mis comentarios al referirme a Inkarrí. Su figura es inquietante como un caso más de la extraña coincidencia entre las concepciones andinas y mesoamericanas. La coincidencia hace pensar que su figura heroica deriva más de la esfera divina que de la humana, y esto lo podrá aclarar un estudio comparado. Ossio nos habla en su ponencia del pueblo mítico de los *ñaupa-machu*, seres del tiempo

anterior a la salida primigenia del Sol y hoy ocultos a sus rayos, con sus cuerpos secos y enjutos por efecto de la luz solar que alcanzó a tocarlos. Nos describe también a su rey, Inkarrí, el de los mágicos poderes que formó montañas arreando las rocas con un azote. Inkarrí, el mesiánico fundador de la ciudad de los incas, se encuentra hoy con los *ñau-pa-machu* en las entrañas de la Tierra, en su invisible reino de Saqsaywaman. Ahí, comunicado por túneles con importantes lugares del mundo, espera la oportunidad de volver a la superficie de la Tierra para doblegar a los invasores y recuperar el poder perdido.

Relatos semejantes se producen hoy a la distancia, en el territorio que fue mesoamericano; sólo que aquí el rey recibe los nombres de Moctezuma y Juan Tutul Xiu. También aquí reina sobre un pueblo de seres del tiempo de la penumbra —los *antiguos*— que levantaron macizos montañosos o construyeron grandes edificios, hoy

ruinas arqueológicas, chiflando a las piedras para que se colocaran unas sobre otras. También aquí los *antiguos* se ocultaron cuando salió el Sol por vez primera o cuando llegaron los invasores, y sus cuerpos quedaron petrificados por el efecto de la luz solar. También aquí se encuentran el rey y sus súbditos, desplazados en un reino subterráneo comunicado por túneles, desde donde saldrán cuando sea oportuno para recuperar su poder en la superficie.

No puedo extenderme ahora en las figuras paralelas de estos reyes mesiánicos. Pronto y en lugar adecuado se abordará el problema. Ahora sólo me resta, como resumen, reiterar que este libro es el fruto de una bien planeada reunión académica, que la mayor parte de sus contribuciones es muy valiosa y que el conjunto de la obra sienta las bases para futuros planteamientos teóricos y para el desarrollo de nuevas investigaciones particulares sobre la construcción de la figura heroica. □

